

**Bendecidos... elegidos... destinados...
...para ser sacerdotes:**

¿Ser sacerdote hoy?

Ya no son los tiempos en el que el “poder” sacramental del sacerdote le daba también un poder en este mundo...

Ya no son los tiempos en los que ser sacerdote te permitía acceder a una cultura y a un status no accesibles para otra mucha gente...

Ya no son los tiempos en los que el sacerdote tenía un reconocimiento social y su palabra era tenida en cuenta...

Ni siquiera son los tiempos en los que dentro de la comunidad cristiana era obedecido y su palabra era la definitiva...

Etc. etc.

Hoy tienen más “peso” -exagero- los chamanes de las religiones primitivas o los gurus de las religiones orientales...

Hoy nadie buscará al sacerdote para que le lea una carta de su novio que está en la mili... además están los servicios sociales de los ayuntamientos...

Hoy pocos considerarán un honor sentar a un sacerdote en su mesa en momentos importantes, más bien lo contrario...

Y si levanta su voz en público en un asuntos difícil, un montón de voces airadas se levantarán en contra de lo que dice (sin haber escuchado primero lo que dice)...

Y dentro de la comunidad parroquial... los grupos ideológicos... los protagonismos...

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

¿Para qué?

Muchas cosas pueden llenar el corazón de una persona. Muchas realidades merecen que un hombre les consagre sus energías y su creatividad. Se puede ser un excelente cristiano y, al mismo tiempo, un apasionado de la tecnología; se puede ser un verdadero discípulo de Cristo y, al mismo tiempo, encontrar la plenitud del corazón en el cuidado de una esposa y de los hijos con ella tenidos; se puede ser servidor fiel del Reino de Dios al mismo tiempo que uno despliega los propios talentos al servicio de la mejora y organización de la sociedad humana; se puede uno sentir interrogado por la presencia del mal y de la injusticia en el mundo, y poner toda la inteligencia y coraje al servicio del reinado de Cristo trabajando por modelos sociales más justos y prósperos...

Pero si sientes en ti el deseo de pronunciar palabras de salvación, -y, al mismo tiempo, una cierta disponibilidad interior que brota de lo profundo de tu ser- para que esas palabras, pasando por tus labios, se hagan reales: «Esto es mi Cuerpo», «Yo te perdono», «Un solo Cuerpo y un solo espíritu en Cristo», entonces vale la pena que te preguntes si Dios te está llamando.

Si, sin despreciar las alegrías de las actividades humanas, tú intuyes lo que quiere decir «preparar a los hombres para la vida eterna» o «para la vida de Cristo en ellos»; si, afectado profundamente por el mal y la injusticia que asolan la humanidad, tú intuyes que ningún progreso se puede hacer si no va precedido por una palabra que levanta: «Yo te perdono», y si descubres el deseo profundo de servir a esta palabra para que sea proclada y acogida; si, sintiendo la alegría de ser amado por una mujer y de amarla, y de convertirte en padre gracias a ella, te das cuenta que brota en tu interior el presentimiento de que hay una alegría mayor en consagrar la vida a ayudar a otros a vivir esto, entonces vale la pena que...

¿Para qué, con qué objetivo ser sacerdote hoy? No es fácil en estos momentos responder a esta pregunta, pero los gestos del sacerdote serán siempre los mismos: «Esto es mi Cuerpo», «Yo te perdono». Todo lo demás que el sacerdote ralice no será sino un reflejo y despliegue de estas palabras. ¡Y esto es maravilloso!: consagrar la vida a unos pocos gestos y palabras, que no son de uno, sino que se nos han sido confiadas, que viene

Palabras de Jesús para iluminar tu reflexión:

Jn 17, 3: «Esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, único Dios verdadero, y a tu enviado, Jesucristo...».

Jn 4, 10: «Si conocieras el don de Dios y quién es el que te dice “dame de beber”, le pedirías tú, y él te daría agua viva».

Jn 4, 13s: «El que bebe de esta agua vuelve a tener sed; pero el que beba del agua que yo le daré nunca más tendrá sed: el agua que yo le daré se convertirá dentro de él en un surtidor de agua que salta hasta la vida eterna».

Jn 6, 35: «Yo soy el pan de vida. El que viene a mí no tendrá hambre, y el que cree en mí no tendrá sed jamás...».

Jn 6, 51: «Yo soy el pan vivo que ha bajado del cielo; el que coma de este pan vivirá para siempre. Y el pan que yo daré es mi carne por la vida del mundo».

Jn 6, 57s: «Señor, ¿a quién vamos a acudir? Tú tienes palabras de vida eterna; nosotros creemos y sabemos que tú eres el Santo de Dios».

Jn 8, 12: «Yo soy la luz del mundo; el que me sigue no camina en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida».

Jn 10, 7.9: «En verdad, en verdad os digo: yo soy la puerta de las ovejas... Yo soy la puerta: quien entre por mí se salvará y podrá entrar y salir, y encontrará pastos».

Jn 10, 11.14: «Yo soy el Buen Pastor. El buen pastor da su vida por las ovejas;... Yo soy el Buen Pastor, que conozco a las mías, y las mías me conocen».

Jn 11, 25s: «Yo soy la resurrección y la vida: el que cree en mí, aunque haya muerto, vivirá; y el que está vivo y cree en mí, no morirá para siempre. ¿Crees esto?».

Mt 9, 36-38: Al ver a las muchedumbres, se compadecía de ellas, porque estaban extenuadas y abandonadas, «como ovejas que no tienen pastor». Entonces dice a sus discípulos: «La mies es abundante, pero los trabajadores son pocos; rogad, pues, al Señor de la mies que mande trabajadores a su mies».

Mt 10, 8-10: «Curad enfermos, resucitad muertos, limpiad leprosos, arrojad demonios. Gratis habéis recibido, dad gratis. No os procuréis en la faja oro, plata ni cobre; ni tampoco alforja para el camino, ni dos túnicas, ni sandalias, ni bastón; bien merece el obrero su sustento».